

por la rexa. Quedò Don Quixote acrivàdo el rostro, y no muy sanas las narizes, aunque muy despechàdo, porque no le avian dexàdo fenecèr la batalla, que tan travàda tenia con aquel malandrin encantadòr. Hizièron traèr azeyte de aparicio, y la misma Altifidora con sus blanquifimas manos le pùso unas vendas por todo lo herido, y al ponèrselas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanças te fuceden empedernido cavallèro por el pecado de tu dureza, y pertinàcia; y plega à Dios que se le olvide à Sancho tu escudèro el açotàrse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinèa, ni tu la gòzes, ni llegues al Tàlamò con ella, alomènos vivièdo yo, que te adòro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra, sino fuè dàr un profundo suspiro, y luego se tendiò en su lecho, agradecièdo à los Duques la mercèd; no porque el tenia temor de aquella canalla gatèsca encantadora, y cencerruna, sino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido à focorrèrle. Los Duques le dexàron soffegàr, y se fuèron pesaròsos del mal suceffo de la burla; que no creyèron, que tan pesada, y tan costosa le salièra à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramièto, y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustòsa que la pasàda, la qual no quiere su historiador contàr aora, por acudir à Sancho Pança, que andàva muy solìcito, y muy graciòso en su gobierno.